

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Margarita Clark

CUADERNO Nº 11

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO AL
FORMIDABLE ATLETA

EDDIE POLO

EL REY DE LAS SERIES

El héroe popularísimo del lienzo
Su arte y su fuerza - Detalles
curiosos de su vida errabunda
y desordenada



EN PREPARACIÓN:

MARIA WALCAMP
ROSCOE ARBUCKLE (FATTY)
MABEL NORMAND

Cuadernos publicados

- N.º 1. — Francesca Berini
• 2. — Charles Chaplin (Charlot)
• 3. — Douglas Fairbanks
• 4. — Mary Pickford
• 5. — Charles Ray
• 6. — William Duncan
• 7. — Pearl White
• 8. — Gustavo Serena
• 9. — Pina Menichelli
• 10. — Max Linder

A nuestros Corresponsales

Agotadas las fichas de los dos primeros números de esta publicación, nos hemos visto en la necesidad de preparar otras nuevas, para atender las demandas que continuamente recibimos. Rogamos, pues, a todos los que deseen ejemplares, que cursen sus pedidos con toda urgencia.

AÑO II

BARCELONA 5 FEBRERO 1921

CUADERNO 11

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográficos

MARGARITA CLARK

POR

MARTÍN ROJAS

HAGAMOS UN POCO DE

¡¡¡¡ HISTORIA ¡¡¡¡



Algunos años — tres o cuatro —, las películas americanas no invadían, como ahora, nuestros mercados.

Nos venían, sí, de allende el Atlántico, producciones cinematográficas de valía, pero eran en su mayoría grandes series, a las que nuestro público se mostraba muy aficionado. Y privaban entonces en España esos aces de la película en episodios, que se llamaban y se llaman Pearl White, Grace Cunard, Francis Ford... Y series del alto valor emocional de «La moneda rota», «La hija del circo» y «Los misterios de Nueva York», entusiasmaban de tal modo a los ingenuos espectadores, que las salas de los cinematógrafos populares se transformaban en un pintoresco tendido de sol, donde todo

eran gritos y aplausos cuando la acción marcaba el triunfo del protagonista, y nubes de silbidos si en el lienzo blanco aparecía algún éxito de los traidores.

El drama y la alta comedia, salvo raras excepciones, era cultivada por los italianos, que todavía producían obras magníficas, no contaminadas por la fiebre americana de las series, que tan floja interpretación obtienen por parte de los actores latinos.

Mientras tanto, en los Estados Unidos, las manufacturas cinematográficas producían unas películas admirables, en las que se revelaban cada día nuevos actores de vigoroso temperamento artístico. Pero esas cintas no llegaban a España. Ningún comprador se atrevía a traerlas, temeroso de la gran incompetencia italiana, que, en aquellos tiempos, llevaba más alto que nadie el pendón de la cinematografía.

Pero un día, nos vimos sorprendidos por una propaganda a que no estábamos acostumbrados.

Una entidad americana, cuyas ramificaciones se extendían hasta nuestro país, empezaba a anunciar a todo lujo producciones yanquis, haciendo resaltar el mérito de los artistas y la propiedad y riqueza de la *mise en scène*.

Hubo, claro está, sonrisas irónicas y gestos de duda; se habló de las exageraciones de la propaganda a la americana, de si las películas anunciadas podrían resistir aquel derroche de publicidad, de si era absurdo y aventurado traficar de hacer la competencia a la producción italiana.

Pero, lo cierto, es que el estreno de las primeras películas presentadas por la entidad citada, despertaron expectación.

Y, las carteleras de un cine elegante, anunciaron una noche «La señorita Washington», primera producción que en España se presentaba de la ingenua americana Margarita Clark.

Nosotros, aquella noche, fuimos al cine elegante. Y al salir nos declaramos, tal vez un poco parcialmente, admiradores entusiastas de la producción de Yanquilandia.

LAS CREACIONES DE UNA

*** GRAN ARTISTA ***

«La señorita Washington» tuvo el poder de encantarnos, de sugestionarnos.

Jamás habíamos visto en el lienzo comedia más delicada, más traviesa, más infantil. Era aquella película una sucesión de escenas triviales, de escenas pueriles, en las que Margarita Clark se apoderaba de nosotros, cautivándonos a cada segundo con su gracia ingenua, de una absoluta ingenuidad, sin mezcla alguna de malicia ni afectación.

No recordamos en el teatro ni en el cinematógrafo actriz alguna que pueda compararse con Margarita Clark en el arte maravilloso de amoldar totalmente su personalidad como mujer, para vivir en la pantalla papeles de niña traviesa y juguetona, con tan pausada naturalidad que, a veces, nos preguntamos, estupefactos, si nos hallamos ante una niña precoz o ante una mujer que, metida a una gracia divina, no ha sentido sobre sí el paso de los años.

Porque el caso de Margarita Clark, casi puede considerarse como un fenómeno. Por lo menos, como una cosa única y excepcional.

Tiene Margarita una figura menuda y una carita de colegiala traviesa, que le ayudan considerablemente en el desempeño de sus roles de caligülla. Otra actriz, con las mismas cualidades que ella, tal vez hubiese encarrilado su arte por otros senderos y, seguramente, se lanzaría por los campos áridos de la tragedia o del drama, haciendo un poco el ridículo con su cuerpecito demasiado pequeño.

La Clark, tuvo el talento de saber aprovecharse de su defecto. Y nos lo demostró de un modo rotundo en «La señorita Washington».

Es ésta una comedia, a cuyo encanto el espectador no puede sustraerse. Se desarrolla la acción en un colegio de Nueva York, donde hay unas muchachitas alocadas, que sueñan constantemente con el novio ideal y, por las noches, en el amplio dormitorio común, burlando la vigilancia de la directora, se confían unas a otras sus ensueños y sus anhelos todavía indefinidos.

Margarita Clark, como es de suponer, capitanea esta *troupe* de preciosidades en pijama, y lo hace con tanta alegría, con tan graciosa ingenuidad, que nos obliga a olvidar la ficción y a creer que aquel cuadro íntimo y regocijante lo hemos sorprendido en la vida real, al asistar, indiscretamente, por el agujero de una cerradura...

Otra creación de la gran artista inimitable nos ha seducido también.

Nos referimos a la película dramática «La hija de un jugador». Aquí, Margarita acentúa todavía más la nota de infantilidad, representando el papel de una niña de doce años, rodeada de juguetes costosos, de muñecas mayores que ella. No cabe llegar a un grado más alto de perfección en el terreno artístico. Ni por un momento se nos ocurre pensar que nos hallamos frente a una mujer que vive por unos momentos un papel de niña. Se notaría en ella algún esfuerzo para sustraerse de su verdadera personalidad; sorprenderíamos en algún momento de su trabajo un gesto que nos revelase que tras aquellas ropitas cortas se ocultaba un alma de mujer.

No es así. Margarita Clark, por un milagro que no acertamos a comprender, en ciertas creaciones suyas, es una niña, una

verdadera niña, linda y traviesa, que sentaríamos sobre nuestras rodillas sin que el roce de su cuerpo despertase en nosotros ningún deseo sensual.

En «La hija de un jugador» se nos presenta, a veces, llena de alegría y traviesa; otras veces, triste, con una tristeza de niña precoz que adivina las cosas y, por último, desesperada, cuando la policía se lleva preso a su padre y ella, con un miedo loco, se refugia en la buhardilla... Pero en ninguno de esos momentos, un gesto, un ademán suyo fuera de tono rompe el encanto, y el espectador cree seguir viendo en la pantalla a la chiquilla curiosa y lista, para quien nada pasa desapercibido a su alrededor.

«Blanca Nieve» es otro de sus aciertos magistrales.

Es una película para niños, en la que las hadas, los gnomos y los príncipes encantados juegan un papel importante.

Ella es «Blanca Nieve», una mujercita que sufre muchas persecuciones y que un día se refugia en casa de los buenos enanos, con los que se divierte, como lo haría con sus muñecas, sin pensar en que aquellos hombrucillos tienen, también, un corazón. Y otro día conoce al príncipe encantado y encantador y se casa con él y los dos son muy felices, porque habían nacido para amarse.

Como en las anteriores creaciones de ella que hemos mencionado, Margarita Clark se nos muestra en esta cinta, infantil e ingenua. Trae hasta nosotros esas evocaciones adorables de la niñez, en que hay unos cuentos pueriles donde una muchachita, que tiene siempre un nombre poético, es perseguida por un lobo terrible, por unos gnomos traviesos y burlones o por una vieja que le ofrece una manzana envenenada. Hasta que llega el príncipe, el eterno príncipe rubio, y se enamora de ella y la salva de todos aquellos peligros...

Pero no sólo hemos visto a Margarita Clark en esta clase de producciones.

También la menuda actriz desempeña papeles de importancia en películas dramáticas, donde tiene que dar vida a una figura de mujer, agitada tal vez por el temporal de las pasiones.

Sin embargo, reconozcamos sinceramente, que éste no es su fuerte. Nos resulta demasiado añhada en esta clase de producciones. Y, aunque a veces, un gesto imperativo o doloroso nos presenta a la mujer experta en la vida, pronto — tal vez sin poder alejar de nuestro ánimo el recuerdo de anteriores creaciones suyas — volvemos a ver en ella la chiquilla inquieta y bonita, que en tantas ocasiones nos cautivó con su gracia natural, en la que no sorprendemos jamás nada forzado ni violento.

* * *



Margarita Clark en El diablo de una niña y en Ladrón nocturno

Caricaturas de Jacula

UNA OPINIÓN SOBRE LA PEQUERA GRAN ACTRIZ

Y ya que en estas líneas nos ocupamos del talento artístico de la maravillosa actriz, no podemos resistir a la tentación de publicar un artículo, lleno de color y de imágenes que, sobre el arte de Margarita Clark escribió el conocido escritor Jorge L. de Segredo.

He aquí el artículo en cuestión:

«¿Véis en la escena una mujercita ágil, grácil, inquieta, vaporosa, cuyo cuerpo se cimbreaba suavemente o se yergue enérgico con sublimes gestos y arrogancia? Esa mujer es Margarita Clark. Por su rostro dulce y plácido pasa toda la gama del sentimiento humano, y así como un rayo de luz al caer sobre una gota de agua hace brotar las maravillas del iris, así la emotividad de Margarita Clark hace resbalar por su rostro todas las vibraciones de la vida, desde las delicadas de la infancia, con su cortejo de encantadoras ingenuidades, hasta las hondísimas que estallan con las tempestades de la pasión.

Como una mariposa que sacude con sus alas leves los perfumados pétalos de las rosas, Margarita cruza la escena rápidamente, pero no tanto, que no se escuche exclamar al punto: «Ella».

Porque ella es inconfundible. En vano trataríase de compararla con ninguna otra artista: sería inútil querer hallar en nadie algo de la personalidad de Margarita. En el claro-oscuro, en la sombra, bajo la tenue envoltura de unas gasas, en el disfraz de un muchachuelo travieso, adivinase en seguida a la artista única, espiritual y enérgica al mismo tiempo. Sin oír, se le escucha; su voz llega hasta uno con la luz de la proyección, como llega con la luz del sol la suavidad del calor; su boca entrecierta deja escapar un gemido que nos conmueve como si lo escucháramos y, cuando ríe, su risa cascabelea en el oído, como si estuviera allí mismo, alegrándonos la vida...

Y cuando la película termina y Margarita Clark desaparece, al alejarnos de ella todavía semeja que juguetea ante nosotros aquella mujercita incomparable, ágil, grácil, inquieta, encerrando en el diminuto estuche de su cuerpo toda la grandeza de una artista sublime.»

* * *

EL TRABAJO DE MARCA- RITA CLARK

Hace cinco años que Margarita Clark ingresó en las filas del cinematógrafo.

No sufrió ella largos aprendizajes, ni soportó, como otras artistas, la humillación de ser en el cine una segunda figura, después de haberle sido primera en los escenarios.

Como César, avió, llegó y triunfó.

La Famous Players le abrió sus puertas en el año 1915, y el 18 de noviembre de aquel año debutó en el arte del silencio, interpretando el rol de protagonista en la película «Flor salvaje».

Obtuvo aquella cinta un éxito colosal en los Estados Unidos. Los yanquis, amigos de la ingenuidad y de la travesura inocente, vieron en la actriz diminuta y risueña el ideal que buscaban hacia mucho tiempo.

Y Margarita Clark, asediada por la manufactura que la había contratado, empezó a producir nuevas películas, que cada vez obtenían mayor aceptación por parte del público.

Y siguió triunfalmente en «Mi bebé», y traspasó los límites de la esperanza en «Blanca Nieve», y luego en «La pequeña lady Lul-lena», y dió la nota aguda del género cómico purísimo en «La señorita Washington».

A cada nueva producción crecía su sueldo en la Famous Players, pues sus directores, comprendiendo que aquella figurita delicada era insustituible, procuraban por todos los medios que nadie se la arrebataste.

Y, a fe que lo lograron. Margarita Clark sigue trabajando para la manufactura que le proporcionó sus éxitos en la pantalla, tal vez reconocida a aquellas horizontes nuevos que presentaron ante ella y que le obligaron a cambiar la vida pintoresca y agitada del teatro por el reposo y la comodidad de esta otra vida de artista del silencio.

No quiere esta decir que la Clark viva todo lo cómodamente que ella deseara. No. Muchas veces, el alba la sorprende trabajando en alguna escena de película que requiere la luz del amanecer. Otras veces, un aviso de su director la obliga a abandonar el confort de su hogar para lanzarse precipitadamente a un viaje improvisado, en unión de la troupe que ha de secundarle en el desempeño de una película.

Pero, en medio de esta agitación, tiene Margarita largas temporadas de descanso, que le permiten gozar hasta la saciedad del placer de no hacer nada. Y, esto, jamás lo consiguió en el teatro, que no tolera el reposo a sus artistas predilectos.

Por regla general, la Clark habita en Nueva York, pues la mayoría de sus producciones no exigen el escenario montañoso de

California. Son unas películas que se desarrollan en un ambiente ciudadano, en medio de un lujo refinado, que contrasta caprichosamente con la figura menudita de la preciosa actriz.

Sin embargo, en Los Angeles tiene, también, un hotelito, en el que descansa en las temporadas que el arte le deja libre y en el que vive cuando exigencias de escenario le obligan a ir a trabajar a esa ciudad o sus alrededores.

La popularidad que ha alcanzado Margarita Clark en los Estados Unidos es enorme.

Cuando se anuncia algún estreno suyo, el cinematógrafo o teatro que tiene la suerte de presentarlo, se llena totalmente y las entradas se pagan a precio doble que de ordinario.

Conocemos una anécdota de la pequeña artista, que pone de relieve las simpatías inmensas con que cuenta en Nueva York.

Fue a raíz del estreno de la película «El diario de una niña». Gustó tanto esta cinta en la gran ciudad de los rascacielos que, al día siguiente del estreno y en los sucesivos la casa de la estrella se vio asaltada por una nube de periodistas, que invadían la escalera, los recibidores, el pasillo; que trepaban por las paredes, se encaramaban a los armarios y se colgaban de los portierres. Era como un ejército de duendecillos traviesos, que empujaban un lápiz con la punta muy afilada y que escribían sobre las blancas cuartillas todo lo que el miedo permitía decir a la artista.

Margarita Clark se asustó. Y en aquella ocasión juró solemnemente no volver a recibir a ningún periodista ni atender ninguna solicitud de entrevista.

— Cuando quieran saber algo de mi vida o de mi arte — dijo ella —, que el periódico me envíe un cuestionario y yo se lo llenaré, cómodamente, en mi casa, sin que nadie me atosigue ni se me saquen las palabras por sorpresa...

Y cumplió lo prometido. Pocos, muy contados serán los periodistas que, en la actualidad, hayan podido entrevistar a Margarita Clark. La estrella les tiene tanto miedo como al demonio. Y cuando en la vida se tropieza con alguno, hace rápidamente la señal de la cruz...

::::: UNA VIDA :::::

::::: PREDESTINADA :::::

Hace treinta años que Margarita Clark nació en Cincinnati, en los Estados Unidos.

Eran sus padres artistas de ópera, de nombradía, y como no tenían motivos de queja para el teatro y la luz de las candilejas les permitía vivir con relativa holgura, pensaron despertar en el alma de su hijo el amor a las tablas, a los aplausos y a las noches de triunfo.



MARGARITA CLARK en dos especies de «Ladrón nocturno».



MARGARITA CLARK y sus grandes creaciones



En «La hija del jugador»



MARGARITA CLARK en « Cesilles en el aire »



MARGARITA CLARK en « Perceña »

A los nueve años de edad, Margarita Clark fue conducida por sus padres a un colegio de Nueva York, donde permaneció seis años, asombrando a sus profesores con el genio cómico de sus travessuras inenarrables y aprendiendo esas lindas trivialidades, que para nada sirven, pero que tan bien rodean a una figura de mujer: el piano, el baile, el francés, las labores...

Cuando salió de allí, Margarita era un estuche de monerías. Bailaba muy bien, tocaba al piano los valses vieneses que estaban en boga, decía con singular gracejo *Je m'en fiche* y *Vive la France*, y hacía una relojera y una zapatillas bordadas que eran un primor.

Pero sus padres, aquellos cantantes de ópera que recorrían demasiado deprisa el ocaso de su vida, pensaron, muy fuertemente, que con todas aquellas habilidades Margarita no podría escalar las altas cumbres del arte lírico.

Y, con un sentido práctico, perfectamente yanqui, dieron por perdido aquel tiempo que la chiquilla había pasado en el lejano colegio y la obligaron a aprender el canto en un Conservatorio de Nueva York.

En los breves paréntesis que las temporadas de vacaciones abrían en las clases de canto de la futura actriz, los padres de Margarita la llevaban consigo en sus *tournées*, para que la muchacha fuera aficionándose a aquella vida luminosa del teatro.

Y, en verdad que no tuvieron que hacer esfuerzos excesivos para convencer a Margarita de que allí estaba su porvenir. La joven se sentía atraída por aquel vivir brillante — con brillantes de cropel o de piedras falsas — y ansiaba el momento de poderse presentar al público para saborear aquel goce intenso de los aplausos.

Y aquel día no tardó en llegar.

Dos años después, Margarita Clark debutaba en Chicago con *La Geisha*, en una compañía de ópera cómica casi infantil.

Su presentación como cantante fue acompañada del éxito más ruidoso. La Clark poseía una voz potente y bien timbrada, y, sobre todo, cantaba con un gusto tan exquisito y tan delicado, que el público la obligó a repetir casi todos los números de la ópera, entusiasmado con aquella estrella que se revelaba de improviso.

Desde aquel día Margarita no abandonó el arte lírico. Y por espacio de ocho años recorrió triunfalmente todos los escenarios de los Estados Unidos y muchos de Inglaterra, saltando siempre de uno en otro éxito, con un gesto gracioso de niña traviesa, para quien aquello no tenía una gran importancia.



LOS AMORES DE LA ESTRELLA

Vamos a leer el punto enigmático de la vida de Margarita Clark: sus amores.

Hasta aquí nos hemos guiado por datos verídicos y exactos, de cuya veracidad respondemos.

Pero ahora nos vemos obligados a entrar de lleno en el campo de las conjeturas.

Margarita Clark, tan pródiga siempre en suministrar a los directores de la manufactura donde trabaja toda clase de datos relacionados con su vida íntima, para que ellos los empleasen en propaganda de la estrella, según es costumbre en los Estados Unidos, se ha mostrado avara de enseñar siquiera un resquicio por donde pudieran sorprenderse los latidos de su corazón.

Sólo sabemos que está casada con un millonario de Nueva York, un hombre de negocios, bajo cuyas órdenes funcionan varios importantes trusts neoyorquinos.

Seguramente, este hombre, en trato continuo con los números, pendiente siempre de las alzas y bajas de la Bolsa, no ve en su mujer más que una muñeca cara, con la que se distrae en sus ratos de ocio.

Tenemos la certidumbre de que la inquietud espiritual de la artista es un motivo de queja para su marido. Y nos alarma en esta creencia las noticias que nos llegan de los Estados Unidos refiriéndose a la diminuta artista.

Hace poco tiempo, un periódico de Nueva York afirmaba que la Clark abandonaba la escena muda, por imponérselo así su marido.

Pocos días después, el mismo periódico decía que la estrella había renovado su contrato con la Famous Players y que muy pronto se iría a Los Angeles a principiar el trabajo de una nueva película.

¿No veis en esto una lucha sorda que se desarrolla dentro del hogar de la artista y el millonario? ¿No adivináis en la primera noticia un gesto violento del hombre de negocios que ve con disgusto el arte de su esposa y que un día llega a su casa dispuesto a que aquello no continúe? ¿Y no creéis sorprender en la rectificación de esa noticia otro gesto análogo de la actriz, que a toda costa quiere proseguir en su arte, al que todo lo debe?

Claro está que hablamos por suposiciones; que ninguna prueba tenemos de que la actriz sea desgraciada en su matrimonio. Pero nosotros acogemos con una sonrisa de escepticismo estas uniones de burgueses y artistas. Porque son dos psicologías antagónicas que, forzosamente han de chocar. Porque los burgueses miran la vida tras los cristales de su egoísmo, tan humano, y los artistas, eternos bohemios, sacerdotes del ideal, buscadores incan-

sables de la gloria, tienen un gesto de piedad para las pequeñas miserias de los hombres y un encogimiento desdeñoso de hombros para todos los prejuicios atávicos y todas las conveniencias sociales.

Por eso creemos que, a pesar del lujo y del confort, en medio de los tapices decorativos y sobre las gruesas alfombras, la discordia bailaré constantemente en aquel hogar su danza grotesca.

Y no nos sorprenderíamos si un día los periódicos neoyorquinos nos anunciaran el divorcio de la popularísima artista.

Aparte de este matrimonio, no conocemos ningún otro amor que haya puesto un color azul sobre la vida de Margarita Clark.

¿No ha amado en su juventud? ¿No ha tenido ese primer novio, héroe de todas las locuras y de todos los romanticismos que hace olvidar las muñecas a las muchachitas casaderas? ¿Ha sido tan práctica que renunció al amor para buscar solamente el oro? ¿Ha vendido su alma, su alma que debe ser tan comprensiva y tan abierta a todas las emociones, por una colección de trajes costosos y por un hogar lujoso y confortable?

No podemos siquiera sospechar esto.

Margarita ha amado. En su juventud bohemia, el amor ha llamado seguramente a las puertas de su corazón. Y sería aquél un idilio que la vida seargaría de truncar. Tal vez un pintor, tal vez un poeta, tal vez un cantante, soñaron un día con colocar sobre un altar a aquella figurita delicada de mujer, para adorarla como a una Virgencita, llenas sus almas de un amor místico incommensurable.

Pero lo práctico, con su rostro de cerdo, alargó el hocico, gruñendo, y trituró con sus dientes sucios todos aquellos pedestales magníficos sobre los que se erguía el ideal.

Y la dulce, la buena Margarita, pensó en el hombre rico que le aseguraría un cómodo vivir...

Y al llegar aquí, nos preguntamos: ¿Y si Margarita Clark fuese feliz con su marido? ¿Y si se aman los dos como dos colegiales, y él, cuando la tiene a ella sentada sobre sus rodillas, olvida las columnas de números que parecen versos y sólo piensa en el amor que eleva las almas? ¿Y si aquella prohibición, al parecer existente, de que la muñequita no trabajase en películas no obedecía más que a unos celos, absurdos tal vez, pero demostrativos de que allí había un cariño muy hondo?

Entonces nosotros, al afirmar lo contrario, bastamos el ridículo; un ridículo del que no nos libraría nuestro anhelo de poetizarlo todo.

En esta materia delicada de los amores de Margarita no conocemos otra cosa que la contestación suya a una pregunta que le hizo un periódico americano, con motivo de una encuesta, para conocer el «hombre ideal» de las estrellas yanquis de cinematógrafo.

Hela aquí:

«¿Existe tal hombre en la vida real que pueda reírse en el justo momento y que me haga reír a mí también?

Eso es lo principal en el hombre ideal; buen humor, buen natural. Todo lo demás gira sobre este atrilante.

No son los grandes problemas de la vida, los fatales para la felicidad del hombre y la mujer. Son las trivialidades y pequeñeces a las que se da más importancia de la que tienen las que realmente lo son.

Es allí donde el hombre ideal puede mostrar su temple, porque, si éstas lo contrarían, dejaría de ser ideal. En cambio, si las arrostra, justificará plenamente ese título.

Pero debe tener cuidado para tratar esas mismas pequeñeces de la vida. Ningún hombre ideal puede sacrificar las bellezas de ésta por su sublime indiferencia hacia sus trivialidades.

¿Comprenden ustedes lo que yo quiero decir?

El hombre ideal será indiferente a las trivialidades, pero no trivial. El puede considerar inútil preocuparse de las vanidades de la existencia, pero no debe considerar de poca importancia la vanidad de las mujeres.

En cuanto a lo restante, me agrada un hombre fuerte, sano, bien afeitado, de cutis blanco, atlético, inteligente y risueño. Creo que con estas cualidades mi tipo ideal les parecerá bien.

Es así como piensa del amor esa gran estrella en miniatura que se llama Margarita Clark.

¿Verdad que ese tipo ideal suyo se separa bastante de aquel otro de bohemio triste y sentimental que nosotros hablamos imaginado?

Son desconcertantes estas muñequitas yanquis.

**CÓMO CONSERVA SU
FRESCURA JUVENIL MAR-
GARITA CLARK !!!**

Al verla trabajar en el cine a todos nos ha sorprendido la frescura juvenil de que la linda Margarita hace alarde en todas sus creaciones.

¿Es que los años no pasan para ella?

¿Es que el tiempo, piadoso, se ha detenido sobre su cuerpo, cuando era niña para que encuentase a los hombres con su infinidad?

¿Es que se vale de aceites y masajes, que dan a su cutis y a sus miembros una nueva juventud?

Nada de esto.

Margarita Clark es una entusiasta de la cultura física. Duer-



Dibujo de J. Andree

Retrato de Margarita Clark

me un número fijo de horas, tiene un tiempo determinado para sus ejercicios físicos y en punto a comida es de lo más sobrio que puede imaginarse.

Una ensalada y un panecillo es, a veces, su comida, y sólo por casualidad prueba la carne.

La adinada actriz tiene una espléndida sala de gimnasio en su propia casa y por nada del mundo se privaría de la media hora de ejercicio matinal.

El trapacio, las paralelas, las pesas y demás aparatos de gimnasia le son completamente familiares. Pero su gran pasión es el boxeo.

He aquí sus propias palabras, que recogemos de una entrevista, de una de esas contadas entrevistas que un periodista, valiéndose de la amistad o de la sorpresa, ha conseguido:

«Aunque lo llamen el sport varonil, creo que puede practicarse sin perder nada de feminidad. A mí me gusta con locura, porque no conozco otro ejercicio que mantenga la vista alerta y que ponga en acción todos los músculos, como sucede en el boxeo. Conserva despierta la inteligencia y el cuerpo, y eso es lo que se necesita para trabajar, de la mejor manera posible, ante el objetivo.»

Todas las mañanas Margarita se levanta temprano, abre la ventana de su dormitorio y respira el oxígeno a pleno pulmón diez veces consecutivas.

Después bebe una taza de café con una tostada y pasa a su gimnasio, donde se dedica por espacio de media hora a los más vigorosos ejercicios.

Seguidamente monta a caballo, y si es en Nueva York recorre las amplias avenidas sombreadas por árboles copudos, y si es en Los Angeles, se lanza por el campo, a todo galope, sintiendo el vértigo de la velocidad.

Es éste de la equitación otro de sus deportes favoritos. La Clark, eternamente inquieta, eternamente nerviosa, gusta de estas carreras frenéticas a caballo, que ejercen un influjo directo sobre sus nervios, calmandolos con aquel ejercicio violento y viril.

Por eso, cuando sus temporadas en Nueva York se alargan demasiado, siente la nostalgia de Los Angeles, el bello país de maravillosos alrededores y en el que se puede galopar con entera libertad, sin la serie espeluznante de peligros que para el ginete tienen las grandes avenidas de Nueva York.

Otra de sus aficiones es el auto.

Al igual de la mayoría de las estrellas de Yanquilandia, Margarita posee dos o tres automóviles magníficos, en los que ha recorrido, en sus días de zélea, casi toda la República.

A menudo es el chófer quien guía el auto, pero el público de millonarios y desocupados de la Quinta Avenida, la ha visto muchas veces pasar por allí, manejando ella su automóvil de carreras, perdido casi su cuerpecillo minúsculo entre una montaña de piletas costosas.

EN EL ESTUDIO : LOS NERVIOS DE MARGARITA

Para sus directores es la Clark una mujer inquietante, que gusta del desorden y que odia la disciplina.

Todos los esfuerzos que se han hecho para que la ingenua acuda a trabajar a la hora anunciada previamente, resultaron inútiles. Muchas veces en el estudio de la Famous Players, los actores que habían de secundarla en una producción, después de esperar horas y horas, tuvieron que marcharse, en vista de que la estrella no se dignaba comparecer.

Otras veces Margarita se presenta inopinadamente en el estudio, ve al director y le dice a boca de jarro:

— Tengo unos deseos locos de trabajar. Reúna en seguida a los artistas y vamos a empezar inmediatamente.

Y los directores, que la conocen muy a fondo, que saben que si no aprovechan aquellos momentos febriles la actriz se marchará para no volver hasta dentro de una semana, se dan prisa a complacerla.

Y hay carreras por los pasillos y avisos telefónicos y empleados que salen en motocicleta para traerse al primer actor.

Al cabo de una o dos horas Margarita los ve a todos reunidos, distrajando su disgusto, sabiendo que una vez dentro tantarán un poco en salir.

Y en efecto. En cuanto se pone a trabajar, la estrella se olvida de la hora, se olvida del mal rulo que está haciendo pasar a aquellos hombres y a aquellas mujeres que después de tantos días de permanecer en espera en el estudio, a la postre tienen que inclinarse ante ella y anhelar su cansancio como una señal de liberación.

Vive en aquellos momentos en un estado febril. Cuando su figura no se mueve ante el objetivo, se mueve entre los bastidores, en los pasillos, al lado de la máquina.

Y unas veces salta como una chiquilla y otras veces se coloca al lado del operador y da órdenes a los artistas, y se sienta un segundo, y se levanta luego, y baja a los sótanos, y habla con los tramoyistas de cosas banales...

Y cuando ya no sabe qué hacer, cuando se siente realmente fatigada, se mete en la habitación que tiene en el estudio, y sin avisar a nadie se coloca el traje de calle.

Mientras tanto, todos siguen trabajando, aguciados por el deseo de terminar pronto. llega una escena en que se requiere la presencia de aquel manco de nervios, y, o se la encuentra en su cuarto vistiéndose y negándose a continuar trabajando, o se presenta allí, diciendo:

— Señores... la siento, pero no puedo trabajar más... Estoy muy rendida... Mañana continuaremos.

Y aquel mañana tardó varios días en llegar.

En otras ocasiones, Margarita, prestando una neurastenia horrible, según ella, abandona en absoluto el trabajo por una temporada y entonces son inútiles cuantos ruegos y cuantas consideraciones se le hagan para que siga creando personajes en las películas.

Se va al campo, y es como si se bañase en un baño de vida fuerte y sana. Y cuando vuelve otra vez al torbellino de la ciudad, calmados sus nervios por el prolongado descanso y el ejercicio saludable, es cuando siente más intenso que nunca el deseo de trabajar por la gloria, y también un poquito por el dinero.

LA CLARK, CARITATIVA

En muchas ocasiones, Margarita Clark prestó su ayuda valiosa en obras de caridad, tomando parte en beneficios y tómbolas benéficas, que se disputaban su cooperación.

También ayudó materialmente a los desgraciados.

Cuando estalló la guerra europea y los yanquis tomaron parte en la contienda, la Clark fue una de las artistas que más se distinguieron comprando ropas y tabaco a los soldados que iban a ir a Europa, y organizando funciones que siempre daban un enorme resultado práctico y que iban a rodear de algunas comodidades a aquellos buenos muchachos, robustos y alegres, en su vida trágica de las trincheras.

Su caridad y su patriotismo no se detuvo ahí, y en una recogida para los que partían, que se hizo entre los artistas cinematográficos de Los Angeles, la Clark cedió su sueldo de un mes en la manufactura Famous Players.

Y por eso, y por su arte, que tan bien encaja en los ideales del público americano, es por lo que, en la tierra del dólar, Margarita Clark ha podido captarse tan gran número de simpatías, que hoy puede decirse que comparte con Mary Pickford el trono de la popularidad femenina en los Estados Unidos.

MARTÍN ROJAS



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual	España y Portugal	18 ptas.	- Extranjero	25 ptas.
• semestral	•	9	•	12-50
• trimestral	•	4-50	•	6-25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

J. A. C. — *Alfonse*. — De momento sólo podemos mandarle el n.º 3. Envíe 75 céntimos en sellos de correo y se lo mandaremos certificado. De los dos primeros preparamos una nueva tirada.

Tres galanías — *Ciudad*. — El protagonista de «El hijo de la noche» es Fred Zorrilla; su dirección es «Films Eclair, Paris».

J. G. — *Bilbao*. — No tenemos ninguno de los argumentos que nos pide.

Compañías — *Manresa*. — Lo que Vd. pregunta depende de la apreciación personal. Nada podemos contestarle.

L. S. — *Zaragoza*. — Las direcciones de Francesca Bertini y Peña Blanca, las encontrará en anteriores contestaciones en «Nuestro Buzón» de la pasada semana. La de Antonio Moreno es «Vilagraph C. of America» East 15 th. st. and Locust Avenue Brooklyn, New York.

C. N. — *Ciudad*. — Se le envían los números. Las biografías que indica se publicarán oportunamente.

